

CAPÍTULO II

AFECTACIONES DE POBLACIONES EN CONDICIÓN DE VULNERABILIDAD AL CLIMA

Colombia, por su ubicación ecuatorial en el planeta y por las características de su relieve, es un territorio con alto riesgo a las consecuencias del cambio climático y una de las más vulnerables a los fenómenos meteorológicos (Ramírez-Villegas, Salazar, Jarvis & Navarro-Racines, 2012). En el complejo territorio nacional, existen zonas de particular interés para el estudio de las afectaciones sociales e institucionales que provocan estas situaciones y los mecanismos de adaptación que se expresan en la población para hacerles frente. Este es el caso del delta de la Mojana, zona donde naturalmente se regulan los caudales de los ríos Magdalena, San Jorge, Cauca y Nechí.

La Mojana, por su sensibilidad a las variaciones climáticas, ha sufrido inundaciones que solo en 2010 - 2011, dejaron más de 180 mil personas afectadas. En los últimos años, sus zonas inundables han incrementado la extensión durante la temporada de lluvias, dificultando la vida cotidiana de las comunidades de influencia (Urquijo-Merchán & Vargas-Gómez, 2013). Entre las causas de esta situación se encuentra: el relieve, la dinámica fluvial, la deforestación, los cultivos que dañan la capa vegetal del suelo, el exceso de lluvias, la ocupación de tierras inundables, y la minería (Uribe-Diosa, 2012). El empobrecimiento de las condiciones del campo, se ha vinculado al desplazamiento de las poblaciones, ya sea por la inclemencia del clima o por el progresivo deterioro de su entorno (Amar et al, 2014). Tal como lo ha identificado Cabrera (2010) y Siaucho-Acevedo (2014), los jóvenes son el grupo poblacional con mayor tendencia a la migración, debido a que son pesimistas sobre las opciones de desarrollo en el campo.

Algunos estudios sobre población afectada por el clima se han centrado en las características institucionales de estas comunidades, especialmente en materia de gestión del riesgo (González-Velandia, 2014); en general, se evidencian debilidades en la prevención y atención de emergencias, corrupción, escaso cumplimiento de la ley, y de estrategias de seguimiento y medición de los resultados de las acciones implementadas (Ávila-Toscano,

Vivas, Herrera y Jiménez, 2016, Sedano-Cruz, Carvajal-Escobar & Ávila-Díaz, 2013; Solano & Polo, 2015).

Considerando esta situación, uno de los proyectos que se desarrolló en el núcleo de Inclusión de Comunidades Especiales, fue la investigación sobre la “Participación de jóvenes frente a los desafíos de adaptación al cambio climático en el municipio de Guaranda, Sucre”. La muestra estuvo conformada por 60 adolescentes entre los 16 y los 18 años de edad, que manifestaron voluntad de hacer parte del estudio y cuyos padres dieron consentimiento para su participación. Fueron convocados en la institución educativa de su municipio, donde se llevaron a cabo grupos focales orientados a conocer su percepción respecto al grado de su participación en los procesos de adaptación a las condiciones cambiantes de su entorno ecológico.

La información fue recolectada usando grabación de audio y se utilizó el método de Análisis Comparativo Constante para extraer inductivamente las categorías nucleares y axiales que permiten conocer la perspectiva de los jóvenes ante el problema de estudio. Se identificaron 395 códigos, los cuales fueron articulados en 6 categorías nucleares y 19 categorías axiales. Los principales hallazgos de la investigación se presentan a continuación:

Afrontamiento de los eventos climáticos

La red conceptual, construida a partir de los datos emergentes sobre cómo afrontan los adolescentes los eventos climáticos de su entorno, integra las siguientes categorías axiales:

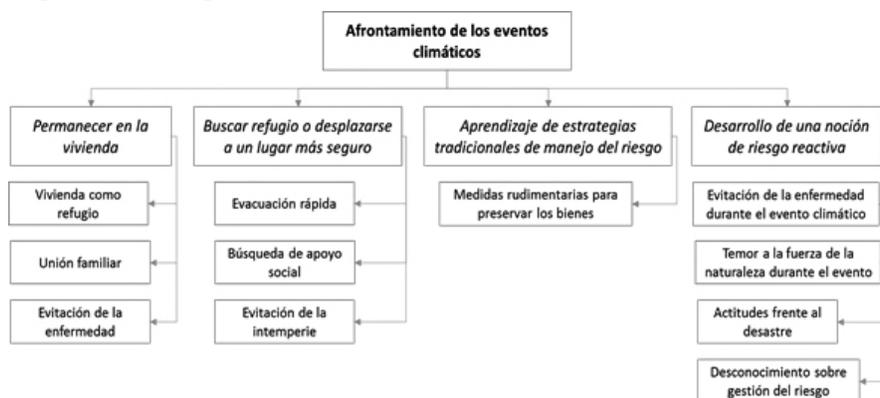


Figura 3. Red conceptual de la categoría nuclear afrontamiento de los eventos climáticos.

La categoría axial “Permanecer en la vivienda” aparece como una de las acciones más frecuentes señaladas por los jóvenes. Así, aparece la representación de la vivienda como refugio ante la lluvia y las enfermedades que llegan con la inundación, pero también ante el calor inclemente de la sequía. Además, los participantes señalaban que permanecer más tiempo dentro de la casa, fortaleció los vínculos entre los miembros de la familia que se disponen de manera conjunta a realizar acciones para preservar los bienes. El fortalecimiento familiar también ha sido identificado en otras investigaciones con adolescentes afectados por inundaciones (Palacio y Barrios, 2013). Cuando ya no se puede permanecer en la vivienda, emerge otra de las acciones la cual se sintetiza en la categoría de “Buscar refugio o desplazarse a un lugar más seguro”, que solo aparece relacionada ante eventos hidrológicos. Los adolescentes señalaron acciones como dirigirse a la Alcaldía, a las instituciones educativas, a las iglesias, o a casas de familiares y amigos en zonas más seguras. Al respecto, Gordillo (2004), plantea que, ante la ocurrencia de desastres naturales, los hogares de parientes y personas solidarias, son el sistema más práctico de refugio temporal para las familias.

La categoría “Aprendizaje de estrategias tradicionales de manejo del riesgo”, da cuenta de aprendizajes de sus familias en emergencias anteriores, como la construcción de “tambos”, en los que se usan tablones de madera con horquetas como una estrategia de preservación de los enseres, y que de acuerdo con Mojica-Vélez (2013) es una acción tradicionalmente utilizada en zonas inundables.

Finalmente, la categoría “Desarrollo de una noción de riesgo reactiva”, resume cómo la comunidad y en este caso, los adolescentes, evidencian una noción de riesgo que hace frente a la dificultad una vez ha ocurrido, pero no se anticipa para mitigar los posibles impactos que esto pueda provocar en su cotidianidad. Los adolescentes perciben riesgos como enfermedades y la fuerza de los eventos naturales, manifestando que se debe conservar una actitud de calma y optimismo ante el desastre, pero también un evidente desconocimiento sobre qué hacer antes, durante y después de la emergencia para evitar las amenazas. Aunque la escasa noción de gestión del riesgo requiere mayores procesos de intervención de las autoridades para lograr la apropiación de estrategias, se puede destacar la preocupación por la preservación de la salud que mostraron los adolescentes pues representa un avance frente a lo hallado por otras investigaciones sobre la falta de

conciencia por parte de la población juvenil, la relación entre desastres naturales y proliferación de enfermedades (Vázquez-Morales & Álvarez-Gordillo, 2016).

Goce del entorno

Esta categoría nuclear incluye las siguientes categorías axiales:

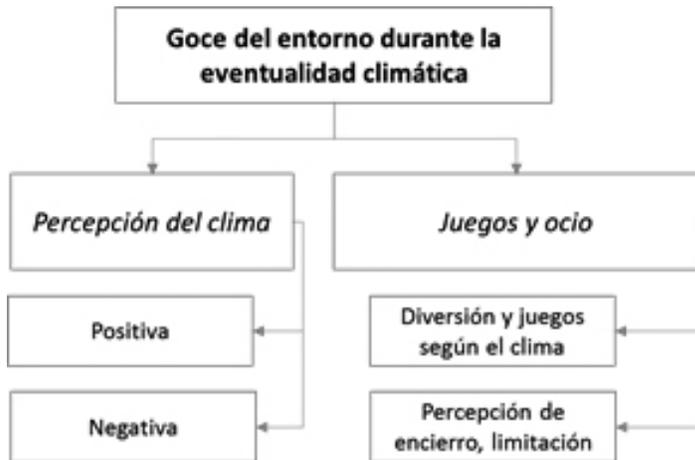


Figura 4. Red conceptual de la categoría nuclear: goce del entorno durante la eventualidad climática.

En cuanto a la categoría de “Percepción del clima”, se encuentra una postura que va desde lo favorable hasta lo más desfavorable, dependiendo qué tipo de condición climática se manifieste. Si bien los adolescentes señalan la gravedad de las inundaciones y todo lo que ocasionan, perciben el clima lluvioso como más favorable que el tiempo de sequía. Esto se relaciona con el hecho de que las inundaciones generan otras alternativas para divertirse mientras que las altas temperaturas de la sequía no permiten el disfrute del entorno.

La categoría “Juegos y ocio” contiene las actividades que se realizan para ocupar el tiempo libre cuando llueve, pero también la sensación de encierro que se presenta cuando las condiciones son peligrosas. La lluvia representa la diversidad, y evoca el hombre anfibio que señalaba Fals-Borda (1980). Además, los estudios sobre intervención postdesastre, han explorado las bondades del juego en la generación de superación del trauma en niños y adolescentes afectados por fenómenos naturales (Opiolo-De Arteaga, 2016).

Percepción de pérdidas

La red conceptual que da cuenta de la percepción de pérdidas, estuvo conformada por las siguientes categorías axiales:

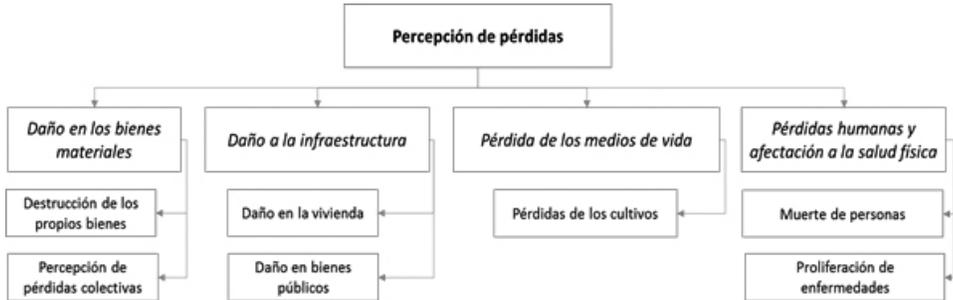


Figura 5. Red conceptual de la categoría nuclear: percepción de pérdidas.

Una de las situaciones que reconocen los adolescentes como consecuencia de los eventos climáticos se concreta en la categoría de “Daño en los bienes materiales”. Los participantes destacan tanto la destrucción de los bienes de su familia como las pérdidas de la comunidad. El reconocimiento de estas pérdidas es probablemente uno de los elementos más recurrente, dado que las pérdidas materiales impactan intensamente sobre la salud mental, al representar la fractura de la historia personal y familiar existente alrededor de ellos (Amar et al., 2014; Palacio & Barrios, 2013). Ahora bien, los adolescentes también señalan el “Daño a la infraestructura”, categoría que agrupa la percepción de afectaciones en la estructura de la vivienda, así como de los bienes públicos tales como carreteras y sistema eléctrico, que reflejan la falta de previsión de las autoridades encargadas de brindar mantenimiento y obras capaces de resistir los embates del clima (Uribe-Diosa, 2012).

Otra de las pérdidas señalada por los participantes es la de los medios de vida de la familia, representados en sus cultivos y animales de cría, situación que agrava su vulnerabilidad económica. Los estudios sobre cambio climático, predicen que se presentarán efectos muy severos sobre la calidad de vida de las familias que tienen la agricultura como principal medio de subsistencia (Turrall, Burke & Faurès, 2011).

Si bien las pérdidas materiales resultan devastadoras para los adolescentes y sus familias, la categoría “Pérdidas humanas y afectación a la salud física” es la que causa mayor preocupación; pues, evidencia la propia fragilidad humana reflejada en el fallecimiento de personas, la propagación de enfermedades o la exacerbación de éstas. Tal como lo señalan Amar et al (2014), las pérdidas en los desastres naturales se tornan más fuertes para la dinámica psíquica, cuando se presentan muertes y afectaciones en la salud.

Afectación psicológica

Incluye las vivencias de los adolescentes que se expresan en las siguientes categorías:



Figura 6. Red conceptual de la categoría nuclear: afectación psicológica.

La “Hipervigilancia” se manifiesta en una ansiedad constante cuando inicia el período de lluvias, porque se teme a una nueva inundación. Sin embargo, las sequías y sus efectos en la seguridad alimentaria no representan un motivo de estrés en los adolescentes. Al respecto, González-Gaudiano (2011) señala que, aunque las personas son conscientes de las consecuencias del cambio climático, por tratarse de un proceso de deterioro progresivo y en muchas ocasiones lento, muchas veces terminan generando un exceso de confianza en la vida cotidiana, que se traduce en la poca implementación de medidas de prevención. En consecuencia, la hipervigilancia solo aparece

ante la inminencia de la temporada de lluvias, pero no genera acciones de prevención previas a ésta.

Otras de las implicaciones psicológicas al afrontar los eventos climáticos, es la sensación de impotencia, frustración, y sufrimiento que quedan después de los desastres. Cardozo et al (2012), también identificaron estas emociones en adolescentes damnificados por la ola invernal del departamento del Atlántico, que se mostraban frustrados por la situación económica familiar después de la inundación.

Relación entre los adolescentes, la comunidad, y las instituciones

Esta categoría incluye las categorías axiales que se describen a continuación:



Figura 7. Red conceptual de la categoría nuclear: relación entre los adolescentes, la comunidad y las instituciones.

Una de las primeras situaciones a destacar se refiere a la categoría "Percepción de las instituciones poco favorable", cuyos contenidos tienen graves implicaciones para la gobernanza y el ejercicio de la ciudadanía. En cuanto al reconocimiento de instituciones que son responsables o atienden las emergencias, aparecen la Alcaldía y la Defensa Civil como principales protagonistas. La evaluación es que llegan cuando las situaciones ya han ocurrido, pero después desaparecen, o bien, utilizan estrategias de divulgación de información sobre prevención con pedagogías poco eficaces para la apropiación. La falta de confianza en las instituciones y

una valoración negativa sobre su manejo de los desastres naturales se ha convertido en un factor común entre las comunidades damnificadas (Amar et al, 2012), lo cual repercute negativamente sobre el aporte que las nuevas generaciones puedan hacer al desarrollo local de sus comunidades.

A esta percepción negativa sobre las instituciones, se suma lo referente a la categoría “Pobre participación de los adolescentes en la comunidad para la gestión del riesgo”, donde se destaca que los adolescentes no sienten que sus capacidades e ideas sean valoradas por la comunidad que los percibe como niños, concentrando el poder de decisión y acción únicamente en los adultos. Sin embargo, la categoría de “Percepción sobre los líderes” deja en evidencia que para los adolescentes no hay personas que se destaquen significativamente y más bien, algunos adultos se movilizan para obtener beneficios particulares y resolver su situación personal o familiar con las ayudas del gobierno, más que la situación comunitaria. Aunque las personas de la comunidad cooperan para solventar las afectaciones de la inundación, las acciones implementadas no se enmarcan en un proceso de organización comunitaria, lo cual puede generar, con el paso del tiempo, un deterioro de las relaciones interpersonales y la competencia por los recursos asociada a conflictos (Amar et al, 2014; Cardozo et al, 2012).

Medios de vida de la familia

La última categoría nuclear, contiene las siguientes categorías axiales:

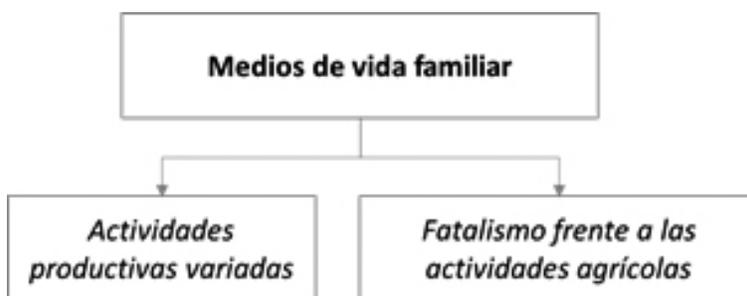


Figura 8. Red conceptual de la categoría nuclear: medios de vida familiar.

Los resultados evidenciaron elementos que conforman la categoría de “Actividades productivas variadas”, principalmente ligadas al agro y a la piscicultura; pero, también otras como la minería, el comercio y los servicios, destacándose la informalidad y el mototaxismo como uno de los

principales oficios al que recurren los jóvenes. Estos resultados coinciden con lo planteado por Ocampo-Zamora (2010) sobre otras comunidades latinoamericanas en riesgo ante el cambio climático, donde las estrategias de vida son diversas, mientras que las de adaptación son pocas y se dirigen a producir resultados en corto tiempo.

La gran dependencia de los medios de vida a una agricultura de ‘pan coger’ también ha generado lo relativo a la categoría de “Fatalismo frente a realizar actividades agrícolas”. La desesperanza ante las condiciones cambiantes del entorno hace que resulte menos atractivo para los adolescentes dedicarse a las labores del campo. Ulloa (2011) señala que existe un escenario pesimista por parte de comunidades afectadas por el cambio climático, lo cual puede impactar incluso la dinámica económica, por la aparición de prácticas desvinculadas de la vocación económica regional (Amar et al, 2014).

De acuerdo con la información suministrada por los participantes, se puede concluir que las eventualidades climáticas han dejado secuelas en la vida de los adolescentes, siendo de particular interés, su angustia ante una nueva inundación y la construcción subjetiva de las pérdidas y la percepción de empobrecimiento de las condiciones de vida en su municipio.

Aunque existe conciencia sobre las vulnerabilidades que enfrenta su territorio ante los desafíos climáticos, aún no se desarrollan acciones significativas que mitiguen su impacto. La intangibilidad del problema, el exceso de confianza, la poca aplicabilidad del conocimiento que se maneja sobre el cambio climático y la falta de empoderamiento de las comunidades en los procesos de gestión del riesgo como parte del proceso de adaptación, señalan la necesidad urgente de implementar procesos participativos conducentes a la apropiación de los derechos y deberes relacionados con la gestión del territorio, en los cuales la población adolescente puede jugar un papel determinante, con miras a la sostenibilidad de las acciones.

Además, se destaca la nula participación de los mismos en su comunidad, que los deja marginados de la toma de decisiones y de la acción sobre los procesos de adaptación ante los eventos climáticos. Los adultos perciben a los adolescentes como personas que no están capacitadas para tomar decisiones ante una problemática ambiental. En este sentido, la falta de proactividad de los jóvenes o del reconocimiento de las posibilidades

que tienen para aportar sus ideas, da cuenta de que están creciendo con poco sentido de colaboración y servicio hacia su propia comunidad, Lo cual, constituye un riesgo para su participación activa en procesos de desarrollo local, la construcción de su ciudadanía y la gobernanza. El debate se encuentra alrededor de si la sociedad está dispuesta a renunciar a la búsqueda de beneficios personales y más bien integrarlos con objetivos colectivos que requieren esfuerzo y cooperación.

Resulta esperanzador que, a pesar de que los adolescentes dejan en los adultos el rol de gestión del riesgo, también muestran interés por que se les dé la oportunidad de aprender y tener herramientas para afrontar las eventualidades que se presentan. Esto es de particular interés considerando que este trabajo fue desarrollado con adolescentes de comunidades rurales, que enfrentan el desafío de la tendencia a la migración rural-urbana, en búsqueda de oportunidades de mejorar sus condiciones socioeconómicas y construir proyecto de vida. Por esta razón, se hace necesario un mayor acompañamiento a estos jóvenes en cuanto a la obtención de aprendizajes sobre el abordaje de la emergencia ambiental y se promueva su participación para que puedan generar ideas innovadoras que contribuyan a una mejor calidad de vida dentro de los esfuerzos para adaptarse al cambio climático.

La justificación para buscar una mayor participación de los adolescentes apunta al hecho de que estos pueden ser un factor de cambio en la generación de conductas proambientales, sostenibles en el tiempo. El trabajo con adolescentes, provee la oportunidad de romper vicios intergeneracionales relativo al uso indiscriminado, irreflexivo e insostenible de los recursos del territorio, de manera que ejerce una profunda y directa influencia en las generaciones que traerán nuevas ideas y maneras de intervenir en su entorno, al tiempo que ayuda a desarrollar en ellos la capacidad de sortear con mayores competencias, las dificultades que se les presenten. Finalmente, las orientaciones que se implementen deben ser capaces de inducir representaciones sociales que promuevan la acción para hacerle frente a los problemas e impulsar cambios radicales hacia estilos de vida sostenibles compatibles con el clima.